

# La guitarra más que el disco, la biblioteca más que el aula

Ivan Illich

(Fragmentos de *La nueva frontera de la arrogancia: la colonización del sector informal*. Intervención ante la Asamblea General de la Sociedad para el Desarrollo Internacional, Colombo, Sri Lanka, agosto de 1979. En: *Alternativas II*. México: Joaquín Mortiz/Planeta, 1988)

La decisión a favor o en contra del concepto del hombre como adicto del crecimiento definirá si el desempleo debe verse como una condena y una carga o como algo útil y positivo. En una sociedad altamente consumista, los bienes y servicios que corresponden a necesidades básicas son producidos por mano de obra contratada. Aquí, la ética del trabajo asigna mayor dignidad a las actividades que son remuneradas con un salario, mientras que las actividades no remuneradas no sólo son degradantes, sino también de dos tipos: las de subsistencia tradicional, que están fuera del mercado pero que directamente contribuyen al sostén de ciertos pueblos (que son considerados remanentes marginales de una forma de vida en extinción) y un nuevo tipo de actividad no remunerada, cuyo ejemplo más obvio es la servidumbre femenina en la esfera doméstica. El trabajo doméstico en el apartamento de un asalariado no es remunerado y tampoco son consideradas de subsistencia actividades como las desarrolladas por la mayoría de las mujeres cuando, con su pareja, utilizan el hogar como el escenario y el medio para la creación del ambiente vital del grueso de los habitantes. En la era moderna las mercancías industriales estandarizan el trabajo doméstico. Son mercancías orientadas que extraen trabajo doméstico de las mujeres de una manera sexista, para llevarlas a dedicarse a actividades de reproducción, regeneración y motivación de la fuerza de trabajo. Como lo han hecho notar las nuevas feministas, el trabajo de casa es simplemente una expresión típica de la amplia economía sombra, que se ha desarrollado por doquier como un complemento necesario para extender el trabajo asalariado, y que pasa desapercibido porque los conceptos analíticos desarrollados para el sector económico formal no son suficientemente aplicables a su descripción. Conforme desaparecen las actividades de subsistencia, toda actividad no asalariada asume una estructura análoga al trabajo doméstico: el itinerario de transporte hacia el trabajo, específicamente ligado al mercado, la preparación para conseguir los

certificados de estudios y, específicamente, el nuevo intento por extender los controles burocráticos a los estilos de vida y actividades informales que son realizadas bajo la égida de los Chicago Boys o los admiradores de Mao. El trabajo orientado al desarrollo inevitablemente significa la estandarización y administración de las actividades humanas, sean o no remuneradas.

En una sociedad orientada a la subsistencia prevalece una visión opuesta sobre el trabajo. En ella la meta es reemplazar los bienes de consumo por la acción personal; el trabajo asalariado y el de sombra tenderán a declinar, pues sus productos, bienes o servicios, son valuados primordialmente como equipos para realizar actividades constantemente innovadoras, más que como bienes de consumo. En ella, la guitarra se valora más que el disco, la biblioteca más que el aula, el cultivo de hortalizas en casa más que la mejor selección del supermercado. Se valora el desempleo útil y se tolera, dentro de ciertos límites, el trabajo asalariado.

La configuración de la imagen ideal de sí misma que se construya la sociedad será, a partir de ahí, el resultado de opciones en desarrollo a lo largo de estos tres vectores independientes. La credibilidad de una política dependerá del grado de participación pública en cada conjunto de opciones. Se espera que el ejemplo expuesto por medio de esta autoimagen articulada llegue a ser el factor determinante del impacto internacional de una sociedad. Por primera vez en la historia, las sociedades ricas y pobres estarán realmente en un plano de igualdad. Empero, para que esto llegue a ser una realidad, deberá superarse la percepción que se tiene hasta hoy de las relaciones internacionales norte-sur en materia de desarrollo. Aun quienes pensamos haber sido guiados por los escritos de Gandhi, tendremos que hacernos conscientes del grado en que hemos moldeado su pensamiento dentro de un paradigma orientado al desarrollo.

Quienes ya éramos adultos el 10 de enero de 1949 repudiamos más fácilmente el paradigma del desarro-

llo. Ese día conocimos el término “desarrollo” en su significado actual, cuando el Presidente Truman anunció su programa de cuatro puntos. Hasta entonces habíamos usado el término “desarrollo” para referirnos a la evolución de las especies, los bienes raíces o las jugadas de ajedrez. A partir de ese momento empezamos a aplicarlo a gentes, países y estrategias económicas. Desde esa fecha hemos sido bombardeados con teorías del desarrollo cuyas etiquetas son recuerdos de coleccionista. Recordemos, por ejemplo, los de crecimiento, actualización, modernización, imperialismo, dualismo, dependencia, necesidades básicas, transferencia de tecnología, sistema mundial, industrialización autóctona y separación temporal. Cada una llegó en dos oleadas. Una con un pragmático que pregona las bondades de la libre empresa y de los mercados mundiales y otra con los políticos que enaltecen la ideología y la revolución. Las teorías acumularon montañas de informes y de caricaturas mutuas. Y bajo esos papeles y hombres de paja quedaron enterrados los supuestos comunes de todas las teorías. Ahora es tiempo de sacar a la luz los axiomas ocultos tras la idea misma de desarrollo.

Fundamentalmente, desarrollo implica el reemplazo de la aptitud general y las actividades de subsistencia por el uso y consumo de mercancías. Desarrollo implica el monopolio del trabajo asalariado por encima de todo tipo de trabajo. Supone la redefinición de las necesidades en términos de bienes y servicios producidos masivamente conforme al diseño de los expertos.

Finalmente, desarrollo implica reordenar el entorno de manera que el espacio, el tiempo, los materiales y el diseño favorezcan la producción y el consumo, al tiempo que degradan o paralizan las actividades orientadas hacia el valor de uso que directamente satisfacen necesidades. Y tales cambios y procesos mundiales y homogéneos se consideran inevitables y valiosos. Los muralistas mexicanos representaron con vigor las figuras típicas correspondientes antes de que los teóricos definieran las etapas. En esos muros se ve el ideal de ser humano como un hombre vestido de overol [mono azul] detrás de una máquina o de saco [chaqueta] blanco frente a un microscopio: horada montañas, conduce tractores, aviva el fuego de humeantes chimeneas. La mujer le da el ser, el alimento, le enseña. En claro y marcado contraste con la subsistencia azteca, Rivera y Orozco perciben el trabajo industrial como la única fuente de todos estos bienes necesarios para la vida y el progreso.

Pero este ideal del hombre industrial se desvanece. Desaparecen los tabús. Los lemas sobre la dignidad y el goce del trabajo asalariado suenan obsoletos. El desempleo, término acuñado en 1898 para referirse a quienes no cuentan con un ingreso fijo, se reconoce como la situación de la mayoría de la gente en el mundo –aún en tiempos de auge industrial–. Especialmente en Europa Oriental, aunque también en China, la gente ve que –desde 1950– el término “clase trabajadora” se usa principalmente como disfraz de privilegios para una nueva burguesía, cuyos administradores se empeñan en reemplazar a la otra. La necesidad de crear empleo y de estimular el crecimiento, con que los paladines autolegidos de los pobres han aplastado la consideración de alternativas de desarrollo, parece hoy mucho menos real.

Los desafíos al desarrollo asumen múltiples formas. Solamente en Alemania unos 15 mil grupos ensayan, cada uno en forma distinta, lo que consideran opciones a una existencia industrial. La mayoría proviene de hogares de obreros. Para casi todos ellos ya no implica dignidad ganarse el sustento con un salario. Al igual que algunos habitantes que han engrosado las villas miserias del sur de Chicago, tratan de “desconectarse” del consumo. En Estados

Unidos, por lo menos cuatro millones viven en el centro de pequeñas comunidades de este género –marcadamente diferenciadas– con por lo menos siete veces el número de acompañantes: mujeres en busca de alternativas a la ginecología; padres interesados en alternativas para las escuelas

constructores de casas en busca de alternativas a los sanitarios con depósito de cadena. En Trivandrum (sur de la India) vi una de las alternativas mejor logradas a un tipo especial de dependencia comercial: la instrucción y la certificación de estudios como formas de un aprendizaje privilegiado. Mil setecientas aldeas han instalado bibliotecas, cada una con unos mil títulos; éste es el equipo mínimo que requieren para ser miembros de Kerala Shashtra Sahitya Parishad y pueden seguir siéndolo mientras presten cuando menos tres mil volúmenes por año. Me sentí muy alentado al ver que, siquiera en el sur de la India, cuando son construidas y financiadas por los municipios, las escuelas se han convertido en alas de las bibliotecas, mientras que en otros sitios –en estos últimos diez años– han llegado a ser simples almacenes de materiales de enseñanza utilizados bajo la supervisión de maestros. ☒

Selección de Ramón Salaberria